

21. ¿Quiénes son estos cinco maridos? San Ambrosio y otros muchos, entendieron los cinco libros de Moisés que los Samaritanos admitían. San Agustín, los cinco sentidos corporales, que nos inclinan a desear o huir estas cosas temporales, viviendo únicamente la vida de los sentidos como sucede en los niños hasta que llegan al uso de la razón: entonces viene el entendimiento y nos enseña, no como los sentidos, lo que es blanco o negro, dulce o amargo; sino lo que es justo o injusto, lo que es bueno y lo que es malo, lo que es castidad y lo que es impureza, para que amemos aquella y huyamos ésta; lo que es caridad y lo que es odio, para seguir aquella y aborrecer a éste.

22. Todavía erraba la mujer, porque no seguía los dictámenes del entendimiento ilustrado por la fe. Por eso le dijo el Señor: Ve y llama a tu marido; esto es a tu entendimiento y ven acá con él.

23. Dijole la mujer: Señor, veo que tú eres profeta. Ya va empezando a llegar el varón, más no ha llegado aún por completo. Tenía al Señor por profeta. Eralo en efecto, pues dijo de sí mismo: *No hay profeta sin honor, sino en su patria*²³. De él asimismo se dijo a Moisés: *Yo les suscitaré de en medio de sus hermanos un profeta semejante a ti*²⁴. Semejante en la forma y figura del cuerpo, no en la eminencia de la majestad. Vemos, pues, que llama profeta al Señor Jesús. Por tanto, ya no yerra mucho esta mujer, *Veo, dices que eres profeta*. Ya empieza a llamar al varón, y a excluir al adulterio.

Comienzo luego a preguntar una cosa que la trae intrigada. Pues traían entre sí muy gran contienda Samaritanos y Judíos, porque éstos adoraban a Dios en el templo fabricado por Salomón, y los Samaritanos no. Por esto los Judíos se creían mejores. *No se tratan Judíos y Samaritanos*. Y éstos les decían: ¿Po qué os jactáis teniendoos por mejores que nosotros, por tener un templo que nosotros no tenemos? ¿Por ventura nuestros padres, que tanto agradaron a Dios, le adoraron en ese templo?, ¿no le adoraron en este monte en que estamos nosotros? Luego mejor rogamos nosotros en este monte, donde oraron nuestros padres. Contendían unos y otros de ignorancia, porque no tenían el varón: unos se engréían con su templo y otros con su monte.

24. Empero, ¿qué enseña el Señor a la mujer, cuyo varón había comenzado a estar presente? *Dícele la mujer: Señor, veo que eres profeta. Nuestros, padres adoraron en este monte y vosotros decís que es Jerusalén el sitio donde hay que adorar*. Dijole Jesús: *Créeme, mujer, que es llegada la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre*. Porque vendrá la Iglesia, como en los Cánticos se

dijo ²⁵, vendrá y pasará desde el principio de la fe... *Mujer, créeme*, porque si no creyéreis, no entenderéis. *Vosotros adoráis lo que no conocéis, nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud viene de los judíos. Pero llega ya la hora, ¿qué hora?, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en verdad.* No en este monte, no en el templo, sino en espíritu y en verdad. *Pues tales son los adoradores que el Padre busca.* ¿Por qué busca el Padre quienes le adoren, no en el monte ni en el templo, sino en espíritu y verdad? Porque *Dios es Espíritu*. Si fuera cuerpo, habría que adorarle en el monte, porque el monte es corpóreo; o en el templo, que también es corpóreo. Mas *Dios es Espíritu y sus adoradores han de adorarle en espíritu y en verdad*.

25. Ya hemos oído y es cosa evidente: andábamos fuera y se nos hace entrar dentro. ¡Oh si hallara un monte alto y solitario! pues creo que Dios está en lo alto, y me oye más desde lo alto. ¿Porque estás en un monte, te crees más próximo a Dios, y que te va a oír más pronto; pues hablas desde más cerca? En las alturas mora, pero mira a lo bajo. Cerca está el Señor. ¿A quiénes? ¿Acaso a los altos? A los de corazón contrito. *Yo habito en la altura*, dice el señor, *y en la santidad, pero también con el contrito y humillado, para hacer revivir los espíritus humillados y reanimar los corazones contritos*²⁶. ¡Cosa maravillosa! Habita en las alturas, y se acerca a los humildes: *atiende a los humildes, más al soberbio lo mira desde lejos*²⁷: A los soberbios los mira desde lejos; y tanto menos se acerca a ellos, cuanto ellos se parecen a sí mismos más altos. ¿Deseabas un monte? Abájate y lo alcanzarás. Mas ¿deseas subir? Sube: mas no andes buscando montes. *Ascensiones dispuso en su corazón*, dice el Salmo, *en este valle del llanto*²⁸. El valle en lo bajo está. Luego toda tu labor sea en lo interior. Y si buscas por ventura algún sitio alto, algún lugar santo, hazte en tu interior templo de Dios. Porque santo es el templo de Dios que sois vosotros²⁹. ¿Quieres orar en el templo? Ora dentro de ti. Pero primero se templo de Dios pues en su templo oye El a los que oran.

26. *Pero llega ya el tiempo, ya estamos en él, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Nosotros adoramos lo que sabemos, vosotros adoráis lo que no conocéis: porque la salud procede de los judíos.* Mucho concedió a los judíos. Mas no lo entiendas de aquellos reprobos. Entiéndelo de aquella pared, a la cual se une la otra, para que, apaciguados en la piedra angular, que es Cristo, lleguen a unirse en un solo pueblo. Una pared

es el pueblo judío, otra el gentil; lejanos están el uno del otro, pero sólo hasta que se junten en el ángulo. Extranjeros eran y huéspedes, y extraños a los testamentos de Dios. Por razón de esto se dijo, pues, *Nosotros adoramos lo que sabemos*. En persona de los judíos se dijo, mas no de todos los judíos, no de los judíos reprobos: sino de aquellos que eran tales, cuales fueron los Apóstoles, cuales fueron los profetas, cuales fueron todos aquello santos, que vendieron todas sus cosas, y pusieron el precio a los pies de los Apóstoles. Porque no rechazó Dios su pueblo que tenía previsto.

28. *Dícele, pues la mujer. Yo se que el Mesías, el que se llama Cristo, está para llegar: cuando venga, pues, nos hará saber todas las cosas.* Dijole Jesús: *Ese soy yo, cabeza de la mujer, y Cristo cabeza del varón.* Ya la mujer queda ordenada en la fe, y regida para vivir bien. Cuando oyó esta palabra. *Ese soy yo, que estoy hablando contigo, ¿qué más había de decir, pues Cristo nuestro Señor tuvo la bondad de manifestarse a la misma a quien había dicho, Créeme?*

29. *Y en esto llegaron sus discípulos, y se extrañaron de que hablase con una mujer.* ¿De qué? De que buscaba a la oveja perdida, El que había venido a buscar y salvar lo que había perecido ³⁰. Se maravillaban del bien, mas no sospechaban el mal. *Nadie, sin embargo, le dijo: ¿Qué le preguntas, o por qué hablas con ella?*

30. *Dejó, pues, su cántaro la mujer.* Oído *Ese soy Yo que estoy hablando contigo*, y habiendo recibido a Cristo en su corazón, ¿qué había de hacer ya sino correr a evangelizar? Arrojó la codicia, y se dio prisa a anunciar la verdad. Aprendan los que pretenden evangelizar; arrojen al pozo la cántara de las codicias. Ya recordaréis lo que os dije antes que era la hidria, un vaso, un cubo, un receptáculo para coger y tener agua, del griego *idor* (=agua). Arrojó, pues, el cántaro porque ya no le servía sino de carga; encendida en deseos de saciarse de aquel agua. Para anunciar a Cristo, arrojada la carga, *corrió a la ciudad*, y *dijo a aquellos hombres: Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho.* Poco a poco y con cautela, no fuera que se airasen, y enfadados, lo persiguiesen. *Venid y ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho: ¿será por ventura éste el Cristo?* Y salieron de la ciudad y vinieron a El.

31. *Entretanto instábanle los discípulos, diciendo: Maestro, come.* Porque habían ido a comprar provisiones, y habían vuelto. Dijoles *El: Yo tengo para alimentarme un manjar que vosotros no conocéis.* Decíanse, pues, los discípulos unos a otros: *¿Le habrá traído alguien*

de comer? ¿Qué maravilla que la mujer no entendiera el agua, cuando los discípulos no entienden el manjar? Oyó, pues, sus pensamientos, y se puso a instruirlos como maestro: no por rodeos, como a aquella, cuyo marido buscaba, sino clara y abiertamente: Mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado, y acabar su obra. Luego también su bebida era la conversión de aquella mujer, para cumplir la voluntad del que le había enviado. Por eso decía: Sed tengo, dame de beber, para obrar en ella la fe, beber su conversión y admitirla en su cuerpo, que es la Iglesia. Ese hacer la voluntad del que me envió, ese es mi manjar.

32. *¿No decís vosotros: Ea, dentro de cuatro meses estaremos ya en la siega? Su obra ansiaba comenzar y disponía enviar obreros. Cuatro meses contáis vosotros hasta la siega, y Yo os muestro otra mies dorada ya preparada. Pues bien, Yo os digo: Alzad vuestros ojos y mirad cómo amarillean ya los campos para la siega. Yo voy a enviar segadores. En esta cosecha evangélica, el que siega recibe su jornal y recoge frutos para la vida eterna; a fin de que igualmente se gocen el sembrador y el segador. Y en esta ocasión se verifica el refrán: Uno es el que siembra y otro el que siega. Yo os envío a vosotros a segar lo que no labrásteis; otros hicieron la labranza, vosotros os aprovecháis de su trabajo. Pues, ¿qué? ¿Envió segadores y no sembradores? ¿A dónde los envió a segar? A donde habían trabajado otros. Pues en donde ya se había trabajado, ciertamente se había sembrado; y lo que se había sembrado ya estaba maduro y reclamando la hoz y la trilla. Y ¿a dónde se debían enviar los segadores? A donde habían predicado los Profetas; pues ellos eran los sembradores. Porque si no eran los sembradores, ¿por dónde había llegado a aquella mujer, Yo se que el Mesías está para llegar? Ya esta mujer era fruto maduro, y las doradas mieses reclamaban la hoz. Os he enviado pues: ¿A dónde? A segar lo que no sembrasteis: Otros sembraron y vosotros entrasteis a coger el fruto. ¿Quiénes trabajaron? Abraham, Isaac, y Jacob. Leed sus trabajos: En todos ellos profetizaban a Cristo; por eso eran sembradores. ¡Cuánto sufrieron en aquel frío invierno, cuando iban sembrando Moisés y los demás Patriarcas y todos los Profetas! Luego en Judea ya estaba la mies preparada. Verdaderamente estaba allí madura la mies cuando tantos miles de hombres traían el precio de sus haciendas y poniéndolo a los pies de los Apóstoles, aligerados sus hombros de seculares fardos, seguían a Nuestro Señor Jesucristo. Mies verdaderamente madura. Y después*

de esto, ¿qué se hizo? De la misma mies se escogieron alguno granos, sembróse con ellos el orbe, y brotó de allí, aquella mies que se ha de segar a la fin del mundo. De esta mies se había dicho: *Los que siempre llorosos, recogerán gozosos*³¹. A segar esta mies serán enviados no los Apóstoles sino los Angeles. *Los segadores*, dice, *son los Angeles*³². Esta sementera crece entre la cizaña, y al fin espera la limpia. Aquella otra, a donde fueron enviados los apóstoles y sembraron los profetas, estaba ya madura. Mas, sin embargo, ved hermanos, lo que se dijo: *A fin de que se alegren a una el sembrador y el segador*. Muy diversos fueron los tiempos de sus labores; pero el gozo será uno, recibirán juntos por galardón la vida eterna.

33. *Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en El por el dicho de la mujer que asegurada: Me ha dicho todo cuanto he hecho. Más luego que llegaron a El, le rogaron que se quedase allí, y en efecto se detuvo allí dos días, y creyeron muchos más al oírle. Y decían a la mujer: Ya no creemos por lo que tú has dicho, pues nosotros mismos hemos oído y visto que éste es verdaderamente el Salvador del mundo. Y aquí hemos de hacer alto y recapitular un poco, porque la lectura se ha terminado. Primero fue la mujer a avisar, y por su palabra creyeron los samaritanos, y le rogaron que permaneciese aquí, y se detuvo dos días, y creyeron mucho más: y después de haber creído, decían a la mujer: Ya no creemos por tu dicho, sino que nosotros lo hemos conocido y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo.* Primero por la fama, luego por la presencia. Así acaece también hoy con los que están fuera y no son aún cristianos: Anúnciales a Cristo los cristianos amigos; y así por el anuncio de la mujer, esto es, de la Iglesia, vienen a Cristo; creen por esta fama; permanece con ellos dos días, esto es, les da los dos preceptos de la caridad; y son muchos más los que creen en El y con más firmeza, porque Este es el Salvador del mundo.

Notas

1. Is. 53, 7.
2. Ef. 6, 25-27.
3. Quo deserente fatigamur, quo praesente firmamur.
4. Mt. 7, 7.
5. Fortitudo Christi te creavit; infirmitas Christi te recreavit.
6. Mt. 23, 27.
7. I Cor., I, 25.
8. Rom. 5, 14.
9. Gén. 2, 21.
10. salm. 129, 1.
- 11.
12. Lc. 17, 18.
- 13.
- 14.
15. Ps. 64, 5.
16. Ps, 35, 10.
- 17.
18. Mt. 11, 28.
19. I Cor. 14.
20. Lc. 10, 40.
21. Ps. 31, 9.
22. I Cor. II, 3.
23. Mt. 13, 57.
24. Dt. 18, 18.
25. Cant. 4, 8. según los LXX.
26. Is. 57, 15.
27. Ps. 137, 6.
28. Ps. 83, 6, 7.
29. I. Cor., 3, 17.
30. Lc. 19, 10.
31. Ps. 125, 5.
32. Mt. 13, 39.

TRATADO XVI

Desde aquellas palabras: Pasados dos días, partió de allí para Galilea, hasta aquellas:
Y creyó él y toda su casa. (4. 43-53).

Continuación del pasaje leído ayer es el que acaba de leerse y vamos a explicar. Y, por cierto, que no hay en él sentidos recónditos y difíciles de entender; mas sí muy dignos de explicación, admiración y alabanza. Por tanto más bien que insistir en ponderarlos y explicarlos su dificultad, lo recomendamos muy encarecidamente a vuestra consideración y meditación.

Pasados dos días en Samaría, *pasó* Jesús a *Galilea*, donde se había criado. Y sigue el evangelista diciendo: *Porque el mismo Jesús declaró que ningún profeta es honrado en su patria*. La razón de abandonar a Samaría, pasados dos días, no fue porque no hubiera recibido honor en ella, pues no era ésta su patria, sino Galilea. Con dejarlos, pues, tan pronto, trasladándose a Galilea, donde se había criado; ¿cómo dice: *porque ningún profeta es honrado en su patria*? Mas bien parece que hubiera podido decir eso si, rehusando ir a Galilea, hubiera permanecido en Samaría.

Fijaos, pues, en el misterio que en esas palabras se nos insinúa; que el Señor nos sugerirá y concederá su inteligencia y explicación. Mas antes repitamos la dificultad propuesta, para venir en deseos de verla resuelta. Nos intriga no poco por qué dijo el Evangelista: *Pues el mismo Jesús atestiguó que ningún profeta es honrado en su patria*¹. Movidos, pues, de eso, hemos repetido las palabras precedentes, para averiguar por qué quiso el Evangelista decir esto; y hallamos que, en las palabras que anteceden, no dice otra cosa sino que, pasados dos días partió de Samaría para Galilea. ¿Fue esta la causa, oh Santo Evangelista, por la cual dijiste que aseguró Jesús que ningún profeta es honrado en su patria, porque así que pasaron dos días, dejó la Samaría y se apresuró a ir a Galilea? Pues a mi más razonable me parece juzgar que, pues ningún profeta es honrado en su patria, no debía apresurarse a ir a ella, abandonando la Samaría.

Mas, si no me engaño, más aún, pues es así, y no me engaño mejor que yo vio el Evangelista lo que decía: mejor que yo veía la verdad el que la bebía en el mismo pecho del Señor. Pues este mismo Juan Evangelista es el que, entre todos los discípulos, tuvo la dicha de descansar sobre el pecho del Señor, y a quien Este, que a todos amaba, tuvo especial predilección. ¿Cómo ha de ser, pues, posible que se engañara él y acertara? Antes, si yo he de sentir con la debida reverencia, tengo de oír con sumisión lo que dijo, para merecer sentir lo mismo que el sintió.

3. Escuchad, pues, Carísimos, lo que yo siento en este punto, sin perjuicio de seguir vuestro parecer, si fuera mejor. Porque no tenemos todos más que un solo maestro y aprendemos todos en una misma escuela. Este es, pues, mi parecer; ved si es la verdad o se acerca a ella. Dos días únicamente se detuvo en Samaría, y creyeron en él los samaritanos; tantos y tantos pasó en Galilea, y los galileos no creyeron. Recorred con vuestra memoria, y recordad la lectura o explicación de ayer. Fue a Samaría, donde lo predicó primero aquella mujer, con la cual estuvo tratando en el pozo de Jacob tan altos misterios: y al verlo y al oírlo, creyeron en él los samaritanos por la palabra de la mujer, y en más número y con más firmeza, por sus propias palabras, según está escrito. Y parándose allí dos días... pasó a Galilea y *llegó a la ciudad de Caná, donde había convertido el agua en vino.* Pues bien allí, cuando hizo el milagro; ¿cuántos creyeron en El? Creyeron, dice Juan, sus discípulos; y eso que la casa estaba rebosando de gente convidada. Y viendo un tan insigne milagro, no creyeron en El más que sus discípulos.

A esta ciudad de Galilea se dirige de nuevo ahora. *Había allí un cortesano, cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaum; vino, pues a El, y comenzó a rogarle que bajase y curase a su hijo, porque estaba para morir.* El que le estaba rogando, ¿no creía? ¿Por qué estás esperando mi respuesta?, pregunta el Señor qué juzgó de él. Pues respondió a sus ruegos: *Si no veis milagros y prodigios, no creéis.* Reprende a este hombre o tibio, o frío en la fe, o completamente incrédulo; pero deseoso de probar con la curación de su hijo de que índole era Cristo, quién era y cuánto podía. Hemos oído las palabras de su ruego; su desconfiado corazón no lo hemos penetrado; pero nos lo puso de manifiesto el que oyó las palabras y estaba viendo el corazón. Finalmente, el mismo Evangelista demuestra, con el testimonio de su narración, que no había aún creído, el que deseaba que fuese el Señor a

su casa para sanar a su hijo. Porque cuando le avisaron que su hijo había recobrado la salud y vio que había sido a la misma hora en que Cristo le dijo: *Anda, que tu hijo está bueno*, dice el Evangelista: *Y creyó él y toda su familia*. Si, pues, creyó él y toda su familia, porque le avisaron que su hijo estaba ya sano, y comparó la hora en que le decían que su hijo había recobrado la salud con la en que Cristo le dijo que estaba ya bueno, luego cuando rogaba, aún no creía. Los samaritanos, en cambio, no esperaron a ver señales; bastóles su mera palabra para creer: por eso sus paisanos merecieron oír: *Si no veis portentos y milagros, no creéis*, y allí, sin embargo, a vista de tan gran milagro, no creyó más que él y su casa. A un sermón sólo creyeron muchos samaritanos, y con aquel milagro no creyó más que la familia en que se hizo.

¿Qué nos enseña, pues, aquí el Señor, Hermanos? ¿qué quiere inculcarnos aquí? Entonces la Galilea del pueblo judío era la patria del Señor, porque allí se crió. Mas ahora, pues que todo aquello significaba algo futuro (pues no sin razón se les llamó prodigios, sino porque algo nos dicen de antemano; pues prodigo se le llamó como cosa antedicha, porque ya desde lejos indica algo futuro, porque significa por anticipado y designa algo que ha de acaecer con el tiempo). Pues todas aquellas cosas eran indicios de algo futuro y predecían algo. Entendámoslo nosotros de este modo y supongamos que la patria del Señor es el pueblo judío. Y he aquí que no tiene honor en su patria. Fíjate ahora en las turbas judaicas. Mira ya aquella gente, dispersa por todo el orbe de la tierra y arrancada de sus raíces; contempla sus ramas rotas, cortadas, secas, en cuyos cortes mereció ser injertado el acebuche²; fíjate en la turba judaica, ¿qué dice ahora? El que vosotros honráis, el que adoráis, hermano nuestro era. Y nosotros les contestamos: *el profeta no tiene honor en su patria*. Finalmente, ellos vieron al Señor andar en la tierra, hacer milagros, alumbrar ciegos, dar oído a los sordos, habla a los mudos, firmeza a los paralíticos, andar sobre las ondas, mandar a los vientos y a las olas, resucitar muertos y hacer tantos milagros, y apenas hubo quien en el creyera. Hablo ahora del pueblo de Dios. Tantos como hemos creído, ¿qué milagros hemos visto? Luego aquello que entonces acaeció, significaba lo que hoy se está cumpliendo. Los judíos fueron o son semejantes a los galileos; nosotros, parecidos a los samaritanos. Hemos oído el Evangelio, a él hemos asentido, y por el Evangelio hemos creído en Cristo; no hemos visto un milagro, ni lo exigimos.

4. Pues aunque uno de los elegidos y santos, sin embargo, israelita fue y del pueblo del Señor: aquel Tomás que pretendía meter los dedos en las aberturas de las llagas. Y el Señor le reprende como a este Régulo. A éste le dijo: *Si no veis milagros y portentos, no creéis;* y a aquél le dijo: *Porque has visto has creído*³. A los galileos fue después que a los samaritanos, que habían creído por sus palabras, sin haberle visto hacer milagros, y viéndolos firmes en la fe, los dejó prontamente seguros, porque no los había dejado con la presencia de su divinidad. Luego, cuando decía el Señor a Tomás: *Ven, mete tu mano y no seas incrédulo, sino fiel*, y cuando él exclamó al tocar las aberturas, y dijo: *Señor mío y Dios mío*⁴, le increpan y le dicen: *Porque has visto has creído. ¿Por que fue esto, sino porque el profeta no tiene honor en su patria?* Mas porque entre los extraños tiene honor este profeta, ¿qué dijo a continuación? *Bienaventurados los que no vieron y creyeron.* Allí fuimos profetizados nosotros; y lo que anticipadamente alabó el Señor, se ha dignado cumplirlo en nosotros. Le vieron los que le crucificaron, le palparon, y aún así pocos creyeron; nosotros no le vimos ni le palpamos: oímos y creímos. Hágase en nosotros, cúmplase en nosotros la bienaventuranza que prometió; aquí, porque hemos sido preferidos a su patria; y en el siglo venidero, porque hemos sido injertados en lugar de las ramas cortadas.

5. Estas ramas dio a entender que había de cortar, y esta acebuche injertar, cuando, conmovido por la del centurión, que le dijo: *No soy digno de que entres en mi casa, sólo di una palabra, y mi siervo quedará sano; pues aun yo que no soy más que un hombre sujeto a otros, como tengo soldados a mi mando, digo a éste: ve y va: y al otro, ven y viene; y a mi criado: has esto, y lo hace.* Volviéndose Jesús a los que le seguían les dijo: *En verdad, os digo que no he hallado tan grande fe en Israel*⁵. ¿Por qué no halló tan grande fe en Israel? Porque *el profeta no tiene honor en su patria.* ¿Por ventura no podía decir el Señor a aquel centurión lo que dijo a este régulo? *anda, que tu siervo está bueno.* He aquí la diferencia. Este cortesano deseaba que el Señor bajase a su casa; aquel centurión se tenía por indigno de tan gran merced. A aquél se le dijo: *Yo iré y le curaré.* A éste le dicen: *Anda, que tu hijo está ya sano.* A aquel le prometía su presencia; a éste le sanaba con la palabra. Este le instaba que fuese; aquél se consideraba indigno de su presencia. Aquí cedió a la osadía; allí accedió a la humildad. Como si a éste le dijera: *Anda, tu hijo está bueno, no me fastidies más. Que si no veis milagros y portentos no creéis;*

deseas mi presencia en tu casa; puedo mandarlo con una sola palabra: no exijas milagros para creer; un centurión extranjero creyó que yo podía hacerlo con sola mi palabra, y antes que lo hiciese, ya creyó vosotros *si no veis milagros y prodigios, no creéis*.

Si es, pues así, rómpase las ramas soberbias e injertese el humilde acebuche; quede, no obstante, la raíz permanente, después de cortadas aquellas e injertadas éstas. ¿En dónde permanece la raíz? En los patriarcas. Porque la patria de Cristo es el pueblo de Israel, pues de ellos nació, según la carne; pero la raíz de este árbol son los santos patriarcas Abraham, Isaac y Jacob. ¿Y en dónde están éstos? En el eterno descanso con Dios, en muy grande honor; de tal manera, que al seno de Abraham fue sublimado por los ángeles⁶, aquel pobre Lázaro después de su muerte, y allí le vio desde lejos el rico soberbio. Luego la raíz permanece, la raíz es alabada: mientras que las ramas soberbias merecieron ser cortadas y se sacaron⁷; y en cambio, el humilde acebuche halló sitio donde injertarse en el mismo corte de aquellas.

6. Escucha, pues, cómo son cortadas las ramas naturales, y cómo es injertado el acebuche, por el caso mismo del centurión, del cual quise hacer mención comparándole con este régulo. *En verdad os digo*, dijo el Señor, *en verdad os digo que no he hallado tan grande fe en Israel; por eso os digo que vendrán muchos del Oriente y del Occidente*⁸. ¡Cuánto se había extendido por la tierra el olivo silvestre! Todo este mundo se había convertido en una selva amarga; mas por la humildad, por aquel “no soy digno de que entres en mi casa”, vendrán muchos de Oriente y de Occidente. Y, pues es certísimo que han de venir (que lo ha dicho Cristo), ¿qué será de ellos? Porque cuando vengan, ya estarán cortados de la selva: ¿en dónde los han de injertar para que no se sequen? *Y se sentarán, dice, a la mesa de Abraham, Isaac y Jacob*. ¿Dónde? *En el reino de los cielos*, dice. ¿Y qué será de los que brotaron de la estirpe de Abraham? ¿Qué será de tantas ramas del árbol tan fecundo, de tan copudo y frondoso árbol? ¿Qué cosa, sino que las cortaron para injertar éstas? Enseña, predica, publica a los cuatro vientos que serán cortados. *Mientras que los hijos del Reino serán arrojados a las tinieblas exteriores, y allí será el llanto y el crujir de dientes*.

7. Tenga, pues, honor entre nosotros el profeta, ya que no lo tuvo en su patria. No tuvo honor en la patria en que nació; téngalo en la que él hizo nacer. En aquella fue procreado el Creador de todas las cosas; procreado la misma Sión, la misma gente de los judíos, la

misma Jerusalén. El la creó, El la fundó cuando estaba con el Padre, como Verbo de Dios; todas las cosas fueron hechas pro El, y sin El nada se hizo. Pues de aquel mismo hombre, de quien hoy hemos oído: *uno es el Mediador de Dios y de los hombres; el hombre Cristo Jesús*⁹, predijo también el Salmo: *La madre Sión dirá: he aquí el hombre*¹⁰. Un hombre, Mediador de Dios y los hombres, *dice la madre Sión*, ¿por qué lo dice la madre Sión? Porque de ella tomó carne, de ella era la Virgen maría, de cuyo virginal seno tomó la forma de siervo en que se dignó aparecer humildísimo. La madre Sión clama un hombre, y este hombre que proclama la madre Sión se hizo en ella; y en ella se hizo hombre. Porque Dios, ya lo era antes que ella fuese; pero hombre, en ella se hizo. El mismo hombre que fue hecho en ella, ese la fundó como altísimo, no como humildísimo. Hombre humildísimo se hizo en ella; *porque el Verbo se hizo Carne, y habitó entre nosotros: el mismo la fundó como altísimo; porque en el principio, existía ya el Verbo y el Verbo, estaba con Dios, y el Verbo era Dios, por él fuero hechas todas las cosas.* Pues que él se creó esta patria, reciba honor en ella. Rechazólo la patria en que fue engendrado: recíbalo la patria que él regeneró.

Notas

1. Jn. 13, 25.
2. Rom. 11, 17. Acebuche u olivo silvestre.
3. Jn. 20, 29.
4. Jn. 20, 28.
5. Mt. 8, 8 ss.
6. Luc. 16, 22.
7. Rom. 11, 17.
8. Mt. 8, 10.
9. I Tim. 2, 5.
10. Ps. 86, 5.

TRATADO XVII

Desde aquello: Celebrábase una Fiesta de los Judíos, etc., hasta aquello: Decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios (5, 1-18).

1. No debe extrañarnos que Dios haga milagros: la maravilla sería que los hiciese el hombre. Mas gozo que admiración debe causar en nosotros el haberse hecho hombre nuestro Salvador Jesucristo, que el que haya hecho entre los hombres cosas divinas. Porque de más momento es para nuestra salud el que haya sido hecho por los hombres, que lo que hizo entre los hombres ¹, y más es el haber curado los vicios de las almas, que el haber curado las enfermedades de los cuerpos que han de morir. Mas como el alma no conocía al que la había de sanar y tenía en su cuerpo ojos con que ver los hechos corporales, y no los tenía aún sanos en el corazón para conocer a Dios invisible, hizo cosas que podía para ver con los ojos exteriores, para sanar el interior que no podía verlas. Entró en un sitio en donde había una muchedumbre de lánguidos, ciegos, cojos, paralíticos; y siendo médico de almas y de cuerpos, que había venido a sanar las almas de todos los que habían de creer, eligió entre aquellos lánguidos uno para sanarlo, a fin de significar la unidad. Si al que tal hizo lo consideramos con una atención ordinaria y al humano modo de saber y entender, no es gran cosa la que hizo, atendido su poder, y mirando a su benignidad, cosa poca. De tanto enfermo como allí había no curó más que a uno, pudiendo curarlos a todos. ¿Qué hemos de sacar de aquí, sino que aquella potestad y aquella bondad miraba más a lo que las almas habían de ver en sus hechos para su eterna salud, que a lo que merecían los cuerpos para la salud corporal? Porque la verdadera salud de los cuerpos, que esperamos del Señor, tendrá lugar al fin de los siglos, en la resurrección de los muertos, entonces, los que vivan no morirán; los que sanen, no enfermarán los que sean saciados, no volverán a tener hambre ni sed; los que reciban nueva juventud, no envejecerán.

Ahora, por el contrario en estas curaciones de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, los ojos que abrió a los ciegos lo cerró la muerte;

los fortalecidos miembros de los paralíticos, los disolvió la muerte, y toda salud temporal recibida en miembros mortales, al fin, falló; en cambio, las almas que creyeron, pasaron a la vida indefectible y eterna. A las almas pues, que habían de creer, cuyos pecados vino a quitar, cuyas flaquezas y enfermedades se abatió y humilló a sanar, a esas les dio un gran argumento y un gran portento en la curación de ese paralítico. De la profunda significación de esta señal y de este portento voy a hablaros hoy, como me sea posible, cuanto el Señor se digne concederme, estadme atentos vosotros y ayudad mi flaqueza con vuestras oraciones. Y lo que yo no pueda, lo suplirá en vosotros aquel con cuya ayuda hago lo que puedo.

2. Acerca de esta piscina, cercada de cinco pórticos, en los que hacía una multitud de enfermos, me acuerdo que os he hablado muchas veces; así es que voy a deciros cosas que para muchos no serán nuevas, sino que las recordará conmigo. Pero no es mi propósito el repetir cosas ya conocidas, para que se instruyan los que no las saben y se afirmen en ellas los que ya las conocen. Por tanto, como cosas ya conocidas, pasaremos por ellas de ligero, sin insistir mucho.

Aquella piscina y aquellas aguas me parece que significan el pueblo judío. Pues, que por medio de las aguas se signifiquen pueblos, claramente lo dice el Apocalipsis de Juan, en donde narra que, habiéndoseles mostrado muchas aguas, como el preguntase que significaban, le contestaron que eran pueblos². Aquella agua, pues, aquel pueblo, estaba encerrado como en cinco pórticos, en los cinco libros de Moisés. Mas aquellos cinco libros manifestaban a los enfermos, pero no los curaban. Porque la ley convencía a los infractores, mas no los absolvía. Por eso, la letra sin la gracia presentaba como reos a los que, confesando sus culpas, libraba la gracia. Así lo dice el Apóstol: *Si se hubiere dado una ley que pudiera vivificar, la justicia vendría de la ley*³. ¿Pues para qué se dio la ley? Sigue y dice: *Mas la Escritura lo encerró todo bajo el pecado, para que la promesa se diese a los creyentes por la fe en Jesucristo*. ¿Qué cosa hay más evidente? No nos explican estas palabras los cinco pórticos y la muchedumbre de enfermos? Los cinco pórticos son la ley. ¿Por qué los cinco pórticos no sanaban a los enfermos? *Porque si se hubiera dado una ley que pudiera vivificar, la justicia vendría de la ley*. ¿Y por qué albergaban a los que no sanaban? Porque *la Escritura, lo encerró todo bajo el pecado, para que la promesa fuese dada a los creyentes por la fe en Jesucristo...*

3. ¿Y cuál era la causa de que sanasen en aquellas aguas turbadas los que no podían sanar bajo los pórticos? De repente veían turbarse las aguas y no veían quien las turbaba. Hacíase esto por virtud del ángel, mas no sin gran significación, no sin gran misterio. Después de agitada el agua, bajaba uno el primero, según podían, y quedaba sano; si alguno bajaba después, era en vano. ¿Qué significa esto, sino que vino Cristo sólo al pueblo judío; y, haciendo grandes milagros y enseñando muy saludable doctrina, turbó a los pescadores, turbó con su presencia el agua y excitó a su Pasión? Pero los turbó ocultamente, que si le hubiesen conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria⁴. Bajar, pues, al agua turbada, es creer humildemente en la Pasión del Señor. Allí sanaba, uno para significar la unidad; después, cualquiera que llegase, no sanaba; porque cualquiera que estuviese fuera de la unidad, no podrá sanar.

4. Veamos, pues, qué quiso significar en aquel uno que también El, guardando el misterio de la unidad como antes dije, entre tantos enfermos, sólo a este quiso sanar. Encontró en sus años un número de languidez: *Llevaba treinta y ocho años enfermo*. Cómo fuese más este número con la enfermedad que con la salud, es cosa que pide explicación más detenida. Estadme atentos: El Señor nos asistirá, a fin de que yo hable convenientemente y vosotros oigáis, lo que basta.

El número cuarenta está consagrado y se nos presenta como perfecto en las Sagradas Letras. Creo que es cosa bien conocida de vuestra caridad. Repetidas veces lo atestiguan las Divinas Escrituras. Con este número queda consagrado el ayuno, ya lo sabéis. Pues cuarenta días ayunó Moisés y otros tanto Elías, y nuestro mismo Señor y Salvador Jesucristo cumplió también este número en su ayuno. Moisés significa la ley; Elías, los profetas, y el Señor, el Evangelio. Por eso aparecieron los tres en aquel monte en que se mostró a los discípulos en el resplandor de su rostro y de sus vestiduras⁵. Pues se apareció en medio de Moisés y Elías, como si el Evangelio recibiese testimonio de la ley y de los profetas. Por tanto, ya sea en la ley, ya en los profetas, ya en el Evangelio, se nos recomienda en el ayuno el número cuarenta.

Pero el ayuno grande y general, es abstenerse de las iniquidades e ilícitos placeres del siglo, que es el ayuno perfecto. *Para que, renunciando a la impiedad y las codicias mundanas, vivamos sobria, justa y piadosamente en ese siglo*⁶. Y a este ayuno, ¿qué recompensa le asigna el Apóstol? Prosigue y dice: *Aguardando la bienaventurada*

esperanza y manifestación de la gloria del dichoso Dios y Salvador Nuestro Jesucristo. En este siglo, pues, celebramos una como cuaresma de abstinencia, cuando vivimos bien, cuando no abstaremos de las iniquidades y deleites ilícitos. Mas, como esta abstinencia, no ha de quedar sin galardón, aguardamos aquella bienaventurada esperanza y revelación de la gloria del gran Dios y Salvador Nuestro Jesucristo. En aquella esperanza, cuando de esperanza se convierta en realidad, hemos de recibir como paga el denario. Pues esta es la paga que, según el Evangelio, se da a los obreros que trabajan en la viña del Señor, según recordaréis, seguramente⁷, pues no todo se os ha de explicar mil veces, como a rudos e ignorantes. Se da, pues, un denario, que deriva su nombre de diez, y sumando a cuarenta, hace cincuenta; y así, con trabajo celebramos la cuaresma antes de la Pascua, y con alegría, como quien ha cobrado su paga, la quincuagésima después de Pascua. Pues a este saludable trabajo del bien obrar, que pertenece el número 40, se añade el denario del descanso y felicidad, para hacerlo quincuagenario.

5. Nuestro mismo Señor Jesús dio a entender esto mismo mucho más claramente, conversando cuarenta días con sus discípulos después de su resurrección⁸, y, habiendo subido al cielo el día cuadragésimo, pasados otros diez días, envió el galardón del Espíritu Santo⁹. Significado estaba esto y figurado y aquellos signos prefiguraron estas realidades. De signos y figuras nos sustentamos, a fin de poder llegar a las realidades perdurables y eternas. Porque somos obreros, y estamos todavía trabajando en la viña; acabado el trabajo, se nos dará el jornal.

Mas ¿qué obrero hay que apenque y perdure en el trabajo; si al mismo tiempo no se sustenta? Tú mismo, además del salario, ¿no mantienes a tu obrero para que repare sus fuerzas? Sin duda que sustentas al que has de retribuir luego. Pues así también el Señor nos alimenta, mientras aquí trabajamos, con estas significaciones de las Escrituras santas. Pues si se nos quita la alegría de la inteligencia de estos misterios, desfallecemos en el trabajo y no hay quien llegue al galardón...

6. Veamos con qué misterio cura el Señor a este enfermo. Porque vino el mismo Señor, doctor de la caridad, lleno de caridad, abreviando, como de él se predijo¹⁰, una palabra sobre la tierra: y enseñó que de los mandamientos pende la ley y los profetas ... Cura el Señor a este enfermo, más ¿qué le pregunta primero? ¿Quieres sanar?¹¹. Res-

pondióle él que no tenía hombre que lo bajase a la piscina. En verdad que le era necesario un hombre para su salud; pero aquel hombre que a un tiempo es Dios: *Porque uno es Dios, y uno también el mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús*¹². Llegó, pues, el hombre que se necesitaba: ¿por qué se dilata aún la cura? *Levántate*, dice: *échate a cuestas tu camilla, y anda*. Tres cosas le dijo: *Levántate, coge tu lecho y anda*. Pero aquel *levantarse* no fue mandarle nada, sino darle la salud. Y, sano ya, le manda dos cosas: *Toma tu carretón y anda*. Y yo os pregunto: ¿No bastaba decirle: *Anda*? o meramente: *Levántate*. Porque él, al levantarse sano, no iba a quedarse allí. ¿No iba a levantarse para irse? Dos cosas le manda, porque dos le halló de menos, cuando yacía postrado en su lecho: y así, mandándole esas dos cosas, subsanó la falta que había.

7. ¿Cómo encontrar, en estos dos mandatos del Señor, significados los dos mandamientos de la caridad? *Coge*, le dice, *tu lecho*, y *anda*. Recordad hermanos, conmigo, cuáles son aquellos mandamientos; que os deben ser conocidísimos, y no acordaros de ellos únicamente cuando yo los nombro, sino que no deben borrarse jamás de vuestros corazones. Siempre, absolutamente siempre, habéis de estar pensando que hay que amar a Dios y al prójimo; a Dios, con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente; y al prójimo, como a sí mismo. Esto hay que tener siempre en el pensamiento; esto meditar, esto recordar, esto practicar, esto cumplir.

El amor y dilección de Dios es anterior y superior como objeto principal del divino precepto; el del prójimo es anterior en orden de la ejecución. Pues el que te mandó el amor en estos dos preceptos, no te iba a recomendar, primero al prójimo y después a Dios, sino primero a Dios y luego al prójimo. Empero tú, como no ves todavía a Dios, amando al prójimo mereces verle; porque amando al prójimo, purgas tu vista para ver a Dios; bien claro lo dijo Juan: *Pues si no amas a tu hermano a quien ves*¹³. He aquí que se te dice: *Ama a Dios*. Si me respondes: Muéstrame al que tengo que amar, ¿qué quieres que te conteste, sino lo que el mismo Juan?: *A Dios nadie le vio jamás*.

Y para que no vayas a creerte excluido por completo de ver a Dios, *Dios*, dice, *es caridad y el que permanece en la caridad en Dios permanece*¹⁴. Ama, pues, a tu prójimo, y mira dentro de ti por qué amas al prójimo; y allí verás a Dios, como hoy por hoy, te es posible. Comienza, pues, por amar al prójimo. *Parte tu pan con el hambriento, y acoge en tu casa al pobre sin hogar; si ves a un desnudo, vístelo*, y

*no vuelvas el rostro ante tu hermano*¹⁵. ¿Y qué conseguirás obrando así? *Entonces brillará tu luz com la aurora*. Tu luz es tu Dios; luz para ti matinal, la del alba, porque sucederá a la noche de este siglo; que ella, en sí, ni sale ni se pone, pues permanece siempre. Será para ti aurora al volver a el, El que fue para ti ocaso cuando pereciste. Al decir pues: *Toma tu lecho*, me parece haber dicho: *Ama a tu prójimo*.

9. Más todavía permanece cerrado y necesita, a lo que creo, de explicación, cómo se recomienda el amor del prójimo en el llevar a cuestas el lecho; a no ser que nos choque, que se recomienda al prójimo por medio de una cosa inanimada e insensible. No se enfade el prójimo al verse recomendado por una cosa sin sentido y sin alma. Pues el mismo Señor y Salvador Nuestro Jesucristo fue llamado piedra angular para fundar dos en sí¹⁶. Se le llamó piedra de donde brotó el raudal de agua: *Mas la piedra era Cristo*¹⁷. ¿Qué extraño es, pues, que al prójimo le llamen leño, cuando a Cristo le llaman piedra? Mas no un leño cualquiera, como tampoco era aquella una piedra cualquiera, sino de donde brotaron cristalinos raudales para los sedientos, ni tampoco cualquier piedra, sino angular, que juntó en sí las dos paredes que venían de tan diversos puntos. Así, tampoco tomes al prójimo por un leño cualquiera, sino como lecho. ¿Qué crees, pues, que nos dice ese lecho, que a aquel hombre, cuando enfermo lo llevaba la camilla, y, sano, la lleva él a ella? ¿Que dijo el Apóstol? *Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas y así cumpliréis la ley de Cristo*¹⁸. La ley de Cristo es la caridad, y ésta no se cumple si no llevamos nuestras cargas mutuamente, ayudándonos unos a otros. *Soportádonos*, dice, *mutuamente unos a otros con caridad, solícitos de conservar la unidad del espíritu mediante el vínculo de la paz*¹⁹.

Cuando eras tú el enfermo, te sufría el prójimo; ahora que estás sano, súfrelo tú a él. *Llevándoos las cargas unos a otros; así cumpliréis la ley de Cristo*. Así cumplirás, oh hombre, lo que te faltaba. *Toma tu camilla*. Mas después de tomarla, no estés parado, *sino anda*. Amando a tu prójimo y teniendo cuidado de él, caminas. ¿Y adónde diriges tus pasos, sino al Señor tu Dios, a aquel a quien debemos amar de todo corazón, con toda el alma y con toda la mente? Al Señor aun no hemos llegado; pero al prójimo le tenemos con nosotros. Soporta, pues, y tolera a aquel con quien andas, a fin de llegar a Aquel con quien deseas, permanecer. Que es decir: *Toma tu camilla, y anda*.

10. Esto hizo Aquel y se escandalizaron los judíos. Porque vieron al hombre llevar su camilla en día de sábado, y no censuraban ya al

Señor, por haberle curado en día de sábado, y para que no pudiesen responderles que no había ni uno entre ellos que no procurase salvar a su asno, sacándole de un pozo en que hubiera caído en día de sábado ²⁹, no le atacaban ya, pues, por este flanco, echándole en cara haber sanado al paralítico en día de sábado, sino el que fuera cargado con su camilla, como diciendo: Si no convenía demorar la cura ¿era, acaso, preciso mandarle trabajar en sábado? *No te es lícito hacer lo que estás haciendo, llevando tu camilla a cuestas.* Más él se excusaba con el obrador de su milagrosa salud, diciéndoles: *El que me sanó me dijo: toma tu lecho y anda.* ¿No iba yo a recibir de el el mandato, cuando había recibido la salud? Y ellos: *¿Quién es ese que te dijo: Toma tu lecho y marcha?*

11. *Pero el sanado no sabía quién era* el que le había dicho eso. Porque Jesús, después de haber hecho y mandado aquello, *se había retirado del tropel de la gente que allí había.* Mirad cómo se cumple también esto. Toleramos al prójimo y caminamos a Dios; pero aquel a quien caminamos aún no lo vemos; por eso tampoco aquel conocía aún a Jesús. Aquí se nos inculca el misterio de que creemos en aquel que aun no vemos, y para que le veamos, se aparta de la turba. Difícil es ver a Cristo en la turba: necesaria es cierta soledad a nuestra mente, en el retiro de la oración se deja ver Dios. La turba causa estrépito; esta visión pide secreto. *Toma tu lecho*, sufre y tolera a tu prójimo tú, a quien tanto han tolerado, y camina para llegar al fin.

No busques a Jesús en la turba; no es uno de tantos de ella: anticipóse a toda turba. Subió del mar el primero aquel pez grande, y está sentado en los cielos intercediendo por nosotros; como gran sacerdotes entró solo en lo interior del velo; la turba está fuera. Camina tú, que toleras a tu prójimo, si has aprendido a sufrirlo tú, a quien tanto le aguantaron. Finalmente, ahora todavía no conoces a Jesús, no lo ves: ¿qué sigue después? Como él no cesaba de caminar llevando su lecho, *vióle luego Jesús en el templo.* En la turba no le vio; en el templo le vio. Ciento que Nuestro Señor Jesús lo veía en la turba y en el templo, mas aquel enfermo no conoce a Jesús en la turba; en el templo, sí. Llega, pues, él al Señor: lo vio en el templo, lo vio en el lugar sagrado, en el lugar santo. Y ¿qué oyó de él? *He aquí que estás ya curado; no vuelvas a pecar; no sea que te suceda algo peor.*

12. El, entonces, al ver a Jesús y conocer que era el que le había curado, no anduvo remiso en predicar a su bienhechor. *fue y dijo a los judíos que era Jesús el que le había sanado.* El lo encomiaba y ellos

se enfurecían; él ensalzaba y pregonaba su curación, y ellos rechazaban la suya.

13. *Perseguían a Jesús los judíos por haber hecho esto en sábado.* Oigamos lo que Jesús les contesta. Acerca de la acusación de curar a los hombres en sábado, ya dije antes lo que solía responder, que ellos mismos no descuidaban a sus jumentos en sábado, sino que antes los apacentaban y libraban. Ahora, del caminar cargado con la camilla, ¿qué responde? Era un trabajo corporal manifiesto, realizado en los ojos mismos de los judíos; no era la salud del cuerpo, sino la obra y trabajo del cuerpo, que no parecía tan necesario como la curación. El Señor nos dirá claramente el misterio del sábado, y que la señal o figura de la guarda de un día fue prescripción pasajera dada a los judíos; mas que el cumplimiento de este misterio figurado en aquellos sábados, había llegado con su propia persona. *Mi Padre sigue obrando incesantemente y yo lo mismo.* Gran tempestad desencadenó el Señor en los judíos con estas palabras; con su llegada se agita el agua, mas el impulsor del oleaje permanece oculto. Y, no obstante esa gran majestad, va a sanar a un colosal enfermo: al mundo entero, con la Pasión de Cristo.

14. Veamos, pues, la respuesta de la Verdad: *Mi Padre no cesa nunca de obrar, ni yo tampoco.* ¿Será, entonces, falso lo que dijo Moisés: *Y descansó Dios el séptimo día de cuanto había hecho?* ¿Y contra este oráculo mosaico habla ahora el Señor Jesús, siendo así que El dijo a los judíos: *Si creyerais en Moisés, me creerías también a mí, porque de mí escribió él?* Fijaos, pues: ¿qué quiso Moisés dar a entender al decir que descansó Dios el día séptimo, pues Dios no se había cansando haciendo su obra, ni necesitaba de descanso como el hombre? ¿Cómo podía cansarse si lo hizo todo con sola la palabra? Y, no obstante, es muy verdad que descansó de su obrar el día séptimo, y es asimismo verdad lo que dice Jesús: *Mi Padre sigue obrando hasta hoy.* Mas podrá explicar con palabras un hombre a otros hombres, un lерdo a otros lerdos, un ignorante a otros ignorantes, a gente ganosa de aprender y que, si por ventura alcanza algo, es absolutamente incapaz tal vez de entender, aunque logre explicarles lo que entiende? ¿Quién repito, hermanos míos, es capaz de explicar cómo obra Dios estando parado, y cómo obrando descansa? Ruégoos, pues, que dilatéis esto para la hora de vuestro progreso, porque esta visión pide el templo de Dios, exige el lugar santo; soportad al prójimo y caminad: allí lo veréis, donde no buscaréis ya palabras de hombres.

15. Mas quizás podamos decir con verdad que en el descanso del día séptimo se significó con gran misterio a nuestro Señor y Salvador Jesucristo, que entonces hablaba y decía: *Mi Padre sigue obrando hasta hoy y yo con él.* Porque también nuestro Señor Jesús es Dios; pues es el Verbo de Dios, y habéis oído que *en el principio existía el Verbo*, y no un verbo cualquiera, sino que *el Verbo era Dios, y por el fueron hechas todas las cosas.* Quizá se significó que había de descansar de todas sus obras el día séptimo. Si no, leed el Evangelio y veréis cuántas cosas hizo el Señor Jesús. Obró nuestra salud en la cruz, para que se cumpliesen en él todas las profecías: fue coronado de espinas; colgado de un leño; dijo: Sed tengo; tomó vinagre en una esponja para que se cumpliese lo que estaba profetizado ²¹. En ni sed me dieron a beber vinagre. Mas acabadas ya todas sus obras, en la sexta del sábado, inclinando la cabeza, entregó su espíritu, y el sábado descansó en el sepulcro de todas sus obras.

Luego fue como decir a los judíos: ¿A qué aguardáis que no obre yo en sábado? El día del sábado se os mandó a vosotros para que me significase a mí. Reparáis en las obras de Dios: allí estaba yo cuando se hacían; por mí fueron hechas todas, yo entiendo perfectamente aquella palabra: *Mi Padre sigue obrando hasta ahora.* Obró el Padre la luz; mas dijo que se hiciese la luz: *si lo dijo, con su Verbo la obró;* su Verbo era yo, soy yo: por mí se hizo el mundo en aquellas obras: mi Padre obró entonces, cuando hizo el mundo, y obra hasta hoy cuando gobierna el mundo, luego por mí lo hizo cuando hizo, y por mí lo rige cuando lo rige. Todo esto dijo Jesús, mas, ¿a quiénes? A sordos a ciegos, cojos, a enfermos que no reconocían al médico, y como frenéticos, perdido el juicio querían matarle.

16. Pues ¿qué sigue luego diciendo el evangelista? *Mas por esto mismo, con mayor empeño, andaban tomando los judíos eluitarle la vida; porque no solamente violaba el sábado, sino que llamaba a Dios su Padre.* Y no de cualquiera manera: sino ¿cómo: *Haciéndose igual a Dios.* Porque todos decimos a Dios: Padre nuestro, que estás en el cielo. Y en la Escritura leemos que los mismos judíos decían: *con todo, tú eres nuestro poder* ²². Luego su enojo, no era porque llamara padre a Dios, sino porque le daba este nombre en un sentido muy diferente que los demás hombres. Ved cómo entienden los judíos lo que no entienden los Arrianos, pues hacen esos al Hijo desigual al Padre, y de aquí la herejía que aflige a la Iglesia. He aquí que los mismos ciegos, los mismos matadores de Cristo entendieron, no obs-

tante, las palabras de Cristo. No entendieron que fuera el Cristo, ni que fuera Hijo de Dios; pero entendieron, sin embargo, que en aquellas palabras se hablaba de un Hijo de Dios tal que era igual a Dios. Quién era, lo ignoraban; más que en aquellas palabras se ensalzaba un Hijo tal, lo reconocían, *porque llamaba a Dios Padre, suyo haciendo-se igual a Dios.*

¿No era, pues, de verdad igual a Dios? No era El quien se hacía igual, sino que lo había engendrado igual. Si fuese El quien se quisiera igualar a Dios, caería por su usurpación y robo. Pues el que quiso hacerse igual a Dios, no siéndolo, cayó, y de ángel se hizo demonio; y propinó esta soberbia al hombre, que vino a caer del mismo modo. En efecto, lo que dijo al hombre, a quien tenía envidia, porque todavía estaba en pie, en gracia y amistad de Dios, fue ésto: *Gustad y seréis como dioses*²³. Esto es, robad, arrebatad, por usurpación, lo que no tenéis por nacencia; que también yo robando caí. No lo decía así, con tanta claridad, pero trataba de persuadírselo. Cristo, por el contrario, era igual al Padre por nacimiento, no era que él se hiciese tal: nacido es de la substancia del Padre. De donde lo encomia el Apóstol de este modo: *Que siendo Dios en la forma (o naturaleza), no reputó usurpación (o cosa robada) el ser igual a Dios*²⁴. ¿Qué quieres decir: No reputó cosa usurpada o robada? No usurpó la igualdad con Dios, sino que gozaba de la que tenía por nacimiento.

¿Y nosotros cómo podríamos llegar a igualar con Dios? *Se anonadó tomando la forma de siervo.* No se anonadó, perdiendo lo que era, sino tomando lo que no era. Despreciando los judíos esta forma de siervo, no podían entender que nuestro Señor Jesucristo fuese igual al Padre; aunque no dudaban, en modo alguno, que el se decía tal, y por eso se airaban, y se encruelcían; y, sin embargo, todavía El los toleraba, y procuraba la salvación de sus crueles y encarnizados perseguidores y enemigos...

Notas

1. Quod factus est propter homines, quam quod facit inter homines.
2. Apoc. 17, 15.
- 3, Gál. 3, 21.
4. I Cor. 2, 8.
5. Mt. 17, 3.
6. Tit. 2, 12.
7. Mt. 20, 9.
8. Act. 1, 3.
9. Jb. 2, 1.
10. Is. 10, 23.
11. Jn. 5, 6.
12. I Tim. 2, 5.
13. I Jn. 4, 20.
14. I Jn. 4, 16.
15. Is. 58, 7.
16. Ef. 2, 15.
17. I Cor. 10, 4.
18. Gál. 6, 2.
19. Ef. 4, 2.
20. Lc. 14, 5.
21. Ps. 68, 22.
22. Is. 63, 16; 64, 8.
23. Gén. 3, 5.
24. Fil, 2, 6.

TRATADO XVIII

Sobre el texto del Evangelio: En verdad os digo que no puede el Hijo obrar por sí cosa alguna, sino lo que viere, obrar al Padre: porque todo cuanto obra el Padre, lo obra igualmente el Hijo.

El evangelista Juan, entre sus compañeros y copartícipes los evangelistas, recibió este peculiar don del Señor (en cuyo pecho se recostaba en el convite, dando con esto a entender los altísimos secretos que bebía de lo íntimo de su Corazón Santísimo) de decir tales cosas del Hijo de Dios, que pueden despertar tal vez y llamar la atención de los entendimientos de los pequeñuelos, mas no saciarlos y llenarlos, como incapaces que son todavía; mas a las almas más crecidas, y que van llegando interiormente a cierta edad viril, les proporciona con sus palabras, espiritual alimento y ejercicio.

En la lectura lo habéis oído, y recordáis los antecedentes de esta palabra. Porque ayer se leyó que *por eso procuraban los judíos con más ahínco quitar la vida a Jesús, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que de tal modo llamaba a Dios Padre suyo, que se hacía igual a Dios*. Lo que a los judíos disgustaba, al Padre agradaba. Y esto agrada también sin duda alguna a los que tributan al Hijo la misma honra que al Padre: porque si esto no les gusta, desagradarán. Pues no ha de ser Dios mayor porque a ti te agrade, sino tú menor, si no te agrada.

Contra esta calumnia suya, procedente de ignorancia o de malicia, dice el Señor una cosa, que tal vez no entiendan del todo, pero tal que basta para agitarlos y turbarlos, y tal vez para que, en su turbación, busquen al médico. Dijo, pues, cosas para que se escribiesen y después fuesen también leídas por nosotros.

Veamos, pues, qué acaeció en los corazones de los judíos al oír esto: y pensemos más despacio lo que nos acaece a nosotros al oírlo. Porque no han nacido las herejías y dogmas perversos que seducen las almas y las precipitan al (infierno) profundo, sino cuando las Escrituras buenas se entienden no bien; y lo que en ella no se entiende bien, se afirma con gran temeridad y osadía. Así es que, Carísimos, hemos

de oír con gran precaución las cosas cuya inteligencia no alcanzamos, hemos de oírlas con gran precaución y prudencia, con piadoso corazón y temblor santo, guardando esta saludable regla, que saboreemos con gusto, lo que, según la sana fe, en que estamos incluidos, pudiéremos alcanzar; y en aquello que, según la sana regla de nuestra fe, no pudiéremos entender todavía, depongamos toda duda, y dejemos para más adelante que no entendamos, no dudemos, sin embargo, que ello es verdadero y bueno.

Y también en mí, que he tomado a mi cargo el hablaros, debéis mirar quién es el que tal cosa intenta, y qué cosa tan alta y difícil pretende explicaros: porque va a tratar cosas divinas un hombre, cosas espirituales un carnal, cosas eternas un mortal. Vaya, pues, muy lejos de mí toda presunción vana, si quiero proceder cueradamente *en la casa del Dios vivo, columna y fundamento de la verdad*¹: según mi corto caudal, entiendo lo que os presento: cuando se me abre, me sustento, con vosotros: si lo hallo cerrado, llamo con vosotros.

2. Turbáronse, pues, los judíos e indignáronse; y con razón, pues no sabe un hombre igualarse a Dios; pero sin derecho, porque no consideraban en aquel hombre a Dios. Veían la carne, e ignoraban a Dios, miraban la habitación, y desconocían al morador. Templo era aquella carne, dentro estaba Dios. No igualaba, pues, Jesús al Padre la carne, no comparaba al Señor la forma de siervo: no lo que fue hecho por amor nuestro, sino lo que era cuando nos hizo. Bien sabéis quién era Cristo, pues hablo con católicos, que tenéis la verdadera creencia: no es el Verbo solo, ni la carne sola, sino que *El Verbo se hizo carne, para habitar entre nosotros*. Repito, a la letra, lo que sabéis: *En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios*: aquí es igual que el Padre. *Pero el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*: mayor es el Padre que esta carne. Así es, el Padre igual y mayor: igual al Verbo, mayor que la carne: igual a aquel por el cual nos hizo, mayor que aquel que fue hecho por amor nuestro.

A esta regla sana católica, que principalmente habéis de aprender, que debéis conservar los que ya la sabéis, de la cual no debe decaer vuestra fe, que ninguna balumba de argumentos debe debilitar ni sacar de vuestros corazones; a esa y según esa dijimos lo que entendemos, y lo que aún no entendemos, y esta regla difiramos el dirigirlo, cuando lleguemos a ser capaces y entenderlo.

Vemos, pues, que es igual al Padre el Hijo de Dios, porque reconocemos en el principio a Dios Verbo. ¿Por qué, pues, querían los

judíos matarle? *Porque no sólo quebraba el sábado, sino que llamaba su Padre a Dios, haciéndose igual a Dios:* viendo la carne y no viendo al Verbo. Hable, pues, contra ellos el Verbo por medio de la carne, y el que habita dentro hable por medio de su habitación: a fin de que el que pueda conozca quién es el que dentro mora.

3. ¿Qué les dice, pues? *Respondió Jesús y le dijo* a los que estaban alborotados, porque se igualaba a Dios: *En verdad, en verdad os digo que no puede hacer el Hijo por si cosa alguna, sino lo que viere hacer al Padre.* ¿Qué respondieron los judíos? Tal vez se callarían; escrito no está. Y, no obstante, hay gentes que quieren se las tenga por cristianas, y lejos de callar, sacan de aquí mismo qué decir contra nosotros; y dicen tales cosas que no deben despreciarse, ni dejarse sin respuesta, así por ellas como por nosotros. Porque los arrianos, diciendo que no por razón de la carne, sino ya, antes de tomar carne, era menor que el Padre el Hijo que tomó carne, y no es consubstancia al Padre; toman de estas palabras pretexto para su impostura, y nos responden; *¿No véis cómo el Señor Jesús viendo que los judíos se sobresaltaban y escandalizaban porque se hacía igual a Dios Padre, se explicó más claramente y añadió estas palabras, para mostrar que no era igual?* Porque intrigaba mucho a los judíos, dice, y los encendía contra Cristo el que se hiciera igual a Dios; y queriendo corregir su concepción e inquietud y demostrarles que el Hijo no es igual al Padre, es decir, igual, *porque no puede el Hijo hacer cosa alguna si no ve al Padre hacerla.* Ahora bien dicen, el que no puede por sí, hacer nada, sino lo que ve que hace el Padre es sin duda alguna, menor que el Padre, no igual al Padre.

4. En esta regla mala y torcida de su corazón oigamos al hereje, no en tono de reprensión todavía, sino de disputa, y explíquenos su sentir. Porque creo que tú, quien quiera que seas (imaginémosle presente), opinas con nosotros que *en el principio era el Verbo.* Lo opino y lo sostengo, dice, y también que *El Verbo estaba con Dios:* también esto lo afirmo. Sigue, pues, y confiesa más firmemente aún que *el Verbo era Dios.* También esto lo defiendo: mas aquél, Dios mayor; éste, Dios menor. A pagano me huele eso: y me figuraba que estaba hablando con un cristiano. Porque si hay un Dios mayor y otro menos, a dos dioses adoramos, no a un Dios. ¿Por qué, dices, pues, tú no confiesas dos dioses iguales entre sí? No digo yo tal cosa en modo alguno; pues esa igualdad la concibo yo de tal manera que entiendo también allí la indivisa caridad y amor; y si amor indiviso, unidad

perfecta². Porque si la caridad que Dios comunicó a los hombres, de muchos corazones hace uno, y de muchas almas una sola alma, como de los creyentes, que mutuamente se aman, está escrito en los Actos de los Apóstoles: *Tenían un solo corazón y uno sola alma*³; si pues tu alma y la mía, cuando tenemos un mismo sentir y querer y nos amamos, se hacen una sola; cuánto más Dios Padre y Dios Hijo están en la fuente de la dilección?

5. Reflexiona, pues, sobre esas palabras que te han impresionado e iluminado en lo que discutíamos. Ya tenemos que *el Verbo era Dios*: a lo cual añado que después de decir: *Este estaba en el principio con Dios*, añade el Evangelista: *Por él fueron hechas todas las cosas*. Ahora te acoso a preguntas, te excito a ti contra ti, y te cito a juicio a ti contra ti mismo. Recuerda solamente y guarda bien en tu memoria estas dos sentencias: *El Verbo era Dios, y todo se hizo por él*. Y oye ahora las palabras que te movieron a tener por menor al Hijo, es a saber, porque dijo: *No puede el Hijo hacer cosas que no vea al Padre hacerla*. Así es, dice: explícame un poco eso. A lo que yo creo, las entiendes de este modo: Hace el Padre una cosa, y el Hijo atiende y mira cómo la hace su Padre para poder también él hacer lo que viere, hacer al Padre. Te imaginas el Padre y al Hijo como dos artífices, maestro y discípulo, a la manera que suele un padre artesano enseñar su arte a sus hijos. Pues bien, voy a bajar contigo a ese sentido carnal: pienso por un momento como tú; veamos si este nuestro modo de pensar tiene plausible sentido, en conformidad con lo que antes dijimos y opinamos unánimemente de que *el Verbo era Dios y por él fueron hechas todas las cosas*. Supón pues, que el Padre es un artista que fabrica muchas cosas, y figúrate al Hijo como a un discípulo que *no puede hacer más que lo que ve hacer al Padre*, que le está mirando a las manos para hacer en su oficina algo semejante a lo que ha visto fabricar a su Padre. Pregunto: ¿Este Padre, por medio de quién hace todas aquellas cosas que fabrica y desea que su Hijo aprenda y haga como él? Recuerda ahora lo que antes dijiste, pues este es el momento en que debes tener presente aquel tu sentir primero, que repasaste y afirmaste conmigo, de que *en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios, y por él fueron hechas todas las cosas*. ¿Te atreverás, ahora a imaginar, con carnal sentir y pueril concepto que Dios está fabricando y el Verbo mirando, para, en acabando el Padre comenzar su artificio el Verbo? ¿Pues qué cosa hace Dios sin el Verbo? Porque si algo hace sin él,

luego no todas las cosas se hicieron por medio del Verbo; y así destruyes lo que antes sostenías: luego si por el Verbo se hizo todo, corrige tu mala inteligencia. Obró el Padre y nada hizo sin el Verbo; ¿cómo va a estar atendiendo el Verbo para ver obrar al Padre sin el Verbo lo que después haya de hacer el Verbo de la misma manera? todo lo que el Padre hizo, por el Verbo lo hizo; si no, es falso que todas las cosas fueron hechas por él: Pero no; es muy verdad que todas las cosas se hicieron por él. ¿Te parece acaso poco? *Y sin él nada se hizo.*

6. Apártate, pues, de ese sentir carnal y veamos en qué sentido se dijo: *No puede el Hijo hacer cosa alguna fuera de lo que vea hacer al Pare.* Indagemos, a ver si se digna el Señor enseñárnoslo. Porque yo, de mí confieso que es cosa muy alta, cosa ardua y difícil ver al Padre obrar por medio del Hijo, no al Padre y al Hijo, haciendo cada una de las obras, sino cada obra el Pare por medio del Hijo, de manera que nada haga el Padre sin el Hijo, ni el Hijo sin el Padre, porque todas las cosas se hicieron por medio de El y ninguna sin El.

Y una vez establecidas y afirmadas todas estas cosas en el solidísimo fundamento de la fe, ya *¿cómo se ha de entender que no puede el Hijo hacer cosa que no vea el Padre?* Pretendes, a lo que creo, averiguar cómo obra el Hijo: trata primero de conocer cómo ve. En efecto, fíjate en lo que dice: *Sino lo que viere hacer al Padre.* La visión va delante, y sigue luego la acción: puesto que ve para hacer. ¿Por qué pues, andas buscando cómo obra, cuando aún no sabes cómo ve? ¿Por qué corres a los postrero dejándote atrás lo primero? Llamóse vidente y obrante, no obrante y vidente: *porque no puede por sí hacer cosa sin que vea al Padre hacerla.* ¿Quieres que te explique cómo obra? Explícame tú a mí cómo ve. Si tú no puedes explicar ésto, ni yo aquello; si tú no eres capaz de percibir esto, ni yo aquello. Busquémoslo, pues, ambos; llamemos ambos para que ambos merezcamos recibirllo. ¿Por qué como si fueras docto me zahieres y me tratas de indocto? Yo en el obrar, tú en el ver, ambos indoctos; recurramos al maestro y preguntémosle, en vez de entretenernos en su escuela, en lides pueriles y disputas.

Sin embargo, ya hemos aprendido en ella que *todas las cosas fueron hechas por El.* Luego es cosa evidente que no son otras obras diferentes las que obra el Padre para que las vea el Hijo y luego las copie; sino que son unas solas, unas mismas las que hace el Pare por el Hijo, puesto que todas las cosas fueron hechas por medio del Verbo.

Ahora, como obra Dios. ¿Quién lo sabe? No digo ya cómo hizo el mundo, sino cómo hizo tus ojos, a los cuales, adhiriéndote carnal y rastrero, pretendes parangonar lo visible con lo invisible. Pues imaginas en Dios tales cosas, como está avezado a ver con los ojos del cuerpo; cuando si Dios, pudiera ser visto con estos ojos, no hubiera dicho: *Bienaventurado los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*⁴. Tienes ojo corporal para ver al artífice, pero careces de ojo del corazón para ver a Dios. Por eso, lo que estás acostumbrado a ver en el artífice lo trasfieres a Dios. Deja lo terreno en la tierra: ¡arriba corazones!

7. ¿Pues qué, Carísimos, vamos acaso a explicar nosotros lo que preguntábamos, cómo ve el Verbo, cómo es visto el Padre por el Verbo, y qué cosa es el ver del Verbo? No soy tan osado, ni tan temerario, que prometa explicar tan alto misterio, ni yo, ni vosotros: algo me figuro vuestros alcances y mi pequeñez la tengo asaz conocida. Si os place, no nos detengamos mucho, recorramos lo leído, y veamos cómo con las palabras del Señor se turban los corazones carnales; y que esa inquietud es para que no persistan, para que no se obstinen en su sentir.

Arrebatémosle, como a los niños, no se qué juguetes, con que se apartan mal del recto sentir, para que se les pueda inculcar cosas más útiles a los ya crecidos, para que puedan adelantar los que se arrastran por la tierra.

Levántate, busca, suspira, anhela y llama, cuando encuentres algo cerrado. Pero si aún no deseamos, si todavía no ansiamos ni suspiramos, echaremos perlas a cualesquiera, o las inventaremos nosotros de una calidad cualquiera. ¡Oh, si excitara yo en vuestros corazones el deseo! Las costumbres conducen a la inteligencia⁵. El género de vida conduce al modo de vivir. Una es la vida terrena, otra la celestial; una es la vida de las reses, otra la de los hombres, otra la de los ángeles. La vida de bestia late por las delicias terrenas, no tiene otro anhelo, a eso se inclina, a eso se abate y se allana; la vida de ángeles es toda celestial; la vida de hombres es intermedia entre la de ángeles y la de bestias. Si el hombre vive según la carne, se equipara a las bestias. Si el hombre vive según la carne, se equipara a las bestias; si vive según el espíritu, mira, en la vida misma angelical si eres grande o pequeño. Porque si aún eres pequeño, te dicen los ángeles: Crece, nosotros comemos pan, tú susténtate de leche, de la leche de la fe, para que llegues algún día a alimentarte de la visión.

Mas si aún anhelan los sucios deleites, si se traman fraudes, si no se ahorran mentiras, antes se agravan con perjurios; corazón tan inmundo, ¿se atreverá todavía a decir: Explícame cómo ve el Verbo? ¿Aunque yo pudiera, aunque yo ya lo viera? Demos que yo no sea de tan malas costumbres; si a pesar de eso estoy aún tan lejos de la visión, ¿cuánto más el que, agravado por los deseos terrenos, no anhela aún las soberanas y celestes delicias?

Va mucho del que aborrece al que anhela, y del que desea al que goza. ¿Vives como bestia? Detestas y aborreces: los ángeles disfrutan y gozan. Mas tú si no vives vida animal ya no detestas: deseas algo que aún no alcanzas; con el deseo mismo incoaste ya la vida de ángel. Crecza y perfecciónese en ti; y lógralo no de mí, sino de Aquel que nos hizo a mí y a ti.

8. Sin embargo, no lo dejó el Señor del todo a nuestra interpretación, sino que quiso que le entendiéramos porque en lo que dijo: *No puede el Hijo por sí hacer nada, sino lo que viere hacer al Padre*, no es que el Padre haga unas obras para que las vea el Hijo y otras el Hijo después de ver obrar al Padre, sino que son unas mismas las hechas por el Padre y el Hijo. Puesto que sigue y dice: *Porque todo lo que Este hace lo hace igualmente el Hijo*. No después que El ha hecho las cosas viene el Hijo y hace otras semejantes, sino que todas las que El hace las hace igualmente el Hijo. Si el Hijo hace las obras que hace el Padre, por el Hijo las hace el Padre; no hace Aquel unas cosas, y Este otras; sino que son unas mismas las obras del Padre y las del Hijo.

¿Y de qué modo hace el Hijo las mismas obras que el Padre? Pues hace las mismas obras y de la misma manera. Y para que no fueras a figurarte que hace, sí, las mismas obras, pero de otro modo, dice: *Las mismas y del mismo modo*. Pues ¿cómo pudiera hacer las mismas cosas, pero de diverso modo? Ved un ejemplo, que no creo será, para vosotros cosa extraña y desconocida. Cuando escribimos las letras las hace primero nuestro corazón, y luego nuestra mano. Ciertamente: ¿por qué habéis aclamado todos, sino porque lo reconocéis así? Ciento es y manifiesto a todos nosotros lo que digo. Las letras las hace primero nuestro corazón y luego nuestro cuerpo; la mano obedece al corazón que le manda; las mismas letras hace el corazón que la mano. ¿Hace quizás unas el corazón y otras la mano? Las mismas, las mismas hace la mano; mas no del mismo modo: pues nuestro corazón las hace intelectualmente y la mano visiblemente. Ahí tenéis cómo es

possible que se hagan las mismas cosas, pero no del mismo modo. De donde fue poco decir el Señor: *Todo lo que hace el Padre lo hace también el Hijo*; si no hubiera añadido: *Y del mismo modo*. Porque si esto no dijera, podías entender que el Hijo hace todas las obras del Padre; pero de otro modo, como la mano lo que hace el corazón, pero no del mismo modo. Pero añadió: *Esas mismas hace el Hijo, y del mismo modo*. Pues si hace las mismas y del mismo modo, despierta, muévase el judío, crea el Cristiano, convéñzase el hereje: Igual es al Padre el Hijo.

9. *Porque el Padre ama al Hijo y le manifiesta todo cuanto obra.* Fijáos en aquella palabra: *Le manifiesta* ¿Cómo a quién? Como al que ve. Y volvemos a lo de antes, que decíamos que no podemos explicar cómo ve el Verbo.

He aquí que el hombre fue hecho por el Verbo: ahora bien; el hombre tiene ojos, tiene oídos, tiene manos y otros diversos miembros: por los ojos puede ver; por los oídos, oír; por las manos, obrar: diversos miembros, diversos oficios de esos miembros. No puede un miembro lo que puede otro; sin embargo, por la unidad del cuerpo, el ojo ve para sí y para el oído, y el oído oye para sí y para el ojo. ¿Por ventura hemos de creer todas las cosas? Y la Escritura dijo en un salmo: *Entended, necios del pueblo, y vosotros, fatuos, ¿cuándo seréis cuerdos? El que hizo el oído ¿no va a oír? El que formó el ojo, ¿no va a ver?*⁶. Si, pues formó el ojo el Verbo, pues todo por el Verbo; si plantó el oído el Verbo, pues todo por el Verbo: no podemos decir: no oye el Verbo; no ve el Verbo; no sea que nos reprenda el salmo: *Necios, entrad alguna vez en cordura*.

Por tanto, si oye el Verbo y ve el Verbo, oye el Hijo y ve el Hijo: y, sin embargo, ¿vamos a buscar en El los ojos y los oídos en diferentes sitios? ¿Oye acaso por una parte y ve por otra, y su oído no puede lo que su ojo, ni su ojo lo que puede su oído? ¿O es acaso todo El vista y todo oído? Quizá sea así: y sin quizás, porque así es en verdad; con tal que su ser y su oír sea de una naturaleza diversísima del nuestro. El ver y el oír está juntamente en el Verbo, y no es allí una cosa el ver y otra el oír, sino que el oído es la vista y la vista el oído.

10. Pues y nosotros, que de un modo oímos y de otro vemos, ¿de dónde sabemos esto? Volvamos a nosotros, sí no somos prevaricadores a los cuales se dijo: *volved, prevaricadores a entrar en vuestro corazón*⁷. Volved a vuestro corazón⁸, ¿por qué os ausentáis de vosotros y os perdéis de vista? ¿Por qué os lanzáis a las veredas de la

soledad y andáis errantes y vagabundos? Volved, volved. ¿A dónde? Al Señor. Mas es demasiada presura: vuelve primero a tu corazón; andas vagabundo fuera de ti: no te conoces a ti, ¿y quieres conocer a tu Hacedor? Vuelve, vuelve a tu interior, álzate de tu cuerpo, tu cuerpo es tu habitación; tu corazón siente también por medio de tu cuerpo; pero tu cuerpo no siente lo que siente tu corazón; deja tu cuerpo, vuelve a tu corazón.

En tu cuerpo hallabas en una parte los ojos y en otra los oídos: ¿encuentras eso acaso en tu corazón? ¿No tienes quizá oídos en tu corazón? Pues, ¿de quién decía el Señor: *El que tenga oídos para oír, oiga*⁹. ¿No tienes ojos en el corazón? Pues, ¿cómo dice el Apóstol: *Iluminados lo ojos de vuestro corazón?*¹⁰. Vuelve a tu corazón. Mira lo que tal vez sientes allí de Dios, pues allí tienes una imagen de Dios. En el hombre interior habita Cristo en el hombre interior te renuevas a imagen y semejanza de Dios; procura conocer en esa imagen a tu Autor. mira cómo todos los sentidos corporales anuncian al corazón dentro lo que fuera han percibido: mira cuántos ministros tiene un solo Emperador interior, y mira también lo que él solo hace dentro de sí, sin administrículo de ministros.

Los ojos representan al corazón lo blanco y lo negro; los oídos, las armonías y las discordancias; el olfato, los suaves perfumes y los hedores; el gusto, lo amargo y lo dulce: el tacto lo blando y lo áspero; y también el corazón se da cuenta a sí mismo de lo justo y lo injusto. Tu corazón ve y oye y discierne todas las demás sensaciones; y allí donde no alcanzan los sentidos, distingue perfectamente lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo. Muéstrame los ojos, los oídos, las narices de tu corazón. Diversas son las sensaciones que a tu corazón traen los sentidos, y diversos los órganos de ellos. En tu carne, aquí oyes allí ves. Si esto pude la imagen, ¿cuánto más poderoso será Aquél cuya es? Luego oye el Hijo y ve el Hijo: y él es la misma visión y la misma audición: y en El es una misma cosa el oír y el ver que el ser. En ti no es una misma cosa el ver y el oír que el ser, pues bien puedes seguir existiendo, aunque te quedes ciego o sordo.

11. ¿Hemos, por ventura, llamado? ¿Se ha suscitado algo en nosotros, por donde vengamos a sospechar de dónde nos viene la luz? Paréceme, hermanos, que hablando y meditando estas cosas, nos ejercitamos. Y cuando nos ejercitamos en ellas, y volvemos luego, como por nuestro propio peso, a los ordinarios quehaceres, somos como los enfermos de la vista, cuando los sacan a ver la luz, si antes estaban

completamente ciegos, y comienzan a cobrar vista, merced a las diligencias de los médicos. Y cuando el médico quiere experimentar cuánto han ganado, trata de mostrarles lo que antes deseaban ver y no podían, por su ceguera: y recobrada ya, algún tanto, la vista, lo sacan a la luz: y al mirarla, los deslumbra, en cierto modo, su mismo fulgor, y responden al médico que les muestra el foco y les pregunta si ven: algo veía poco ha; mas ahora ya, nada veo.

¿Qué hace, pues, el médico? Los vuelve a llevar a lo acostumbrado, y les añade el colirio, para alimentar el deseo de lo que vieron y dejaron luego de ver, y con el mismo deseo se curen mejor: y si por acaso hay que emplear remedios picantes y acres, los lleven en paciencia, de manera que, encendidos en amor y deseo de aquella luz, se digan a sí mismos: ¿cuándo será que yo pueda ver con ojos del todo firmes y sanos lo que, con ellos estragados y enfermos, no pude? Y urge instantemente al médico rogándole que le cure.

Hermanos míos, si tal vez ha sucedido algo semejante en vuestros corazones, si de algún modo habéis levantado vuestro corazón para ver al Verbo, y deslumbrados, con su luz, habéis vuelto a lo de siempre; rogadle al médico que emplee colirios acres y vivos, que son los mandamientos de la justicia. Hay excelentes panoramas que ver, mas no hay con qué. Antes no me dabas fe de que hay cosas dignísimas de verse: luego te atrajo cierta razón, te acercaste, te pusiste a mirar, palpítaste y rehuiste. Sabes cierto que hay cosa que ver más ves que tú no eres capaz todavía. Cúrate, pues. ¿Cuáles son los colirios? No mientas, no perjures, no adulteres, no robes, no defraudes. Mas tenías ese mal hábito; y con gran violencia y a redropelo te retraen de la mala costumbre inveterada: eso es, precisamente, lo que muerde y sana.

El hablarte, pues, tan fuerte por miedo es de mí y de ti: si desdeñas curarte y descuidas el capacitarte para disfrutar de esta luz, inveterándote en esa tu ceguera: serás amador de las tinieblas, y amándolas permanecerás en ellas; y permaneciendo en ellas, serás por fin, arrojado a las tinieblas exteriores: *Allí será el llanto y el crujir de dientes*¹¹. Ya que no te hacía impresión, alguna el amor de la luz, hágatela el miedo de tal dolor.

12. Creo que he estado hablando ya bastante, y sin embargo, aún no he acabado la lección evangélica: si añado lo que falta, os será gravoso, y temo que aún lo que habéis sacado se derrame: basta, pues, a vuestra Caridad lo dicho. Obligados os estamos, no sólo ahora, sino

mientras vivamos; pues para vosotros vivimos. Empero consolad esta mi flaca vida, esta vida laboriosa, llena, en este mundo, de riesgos y peligros, consoladnos viviendo bien: no queráis contristarnos y afligirnos con vuestras malas costumbres. Pues si al venos ofendidos de vuestro mal vivir, os rehuímos y nos apartamos y rehusamos acercarnos a vosotros; ¿no os quejaríais y lamentaríais diciendo: Si, languidecíamos, habernos curado; y si estábamos enfermos, habernos visitado? Mas he aquí que os curamos, he aquí que os visitamos: quiera Dios que no nos acontezca lo que habéis oído de boca del Apóstol: Temo que hagáis vanos tantos afanes como entre vosotros pasé¹².

Notas

1. 1 Tim., 3, 15.
2. *Et si individuam charitatem, perfectam unitatem*: unidad natural por identidad de naturaleza y sustancia. Los hombres podemos por gracia ser una cosa, un alma y un corazón. En las personas divinas esa unidad es de naturaleza. Y de la unidad de naturaleza nace la unidad perfecta de amor y caridad.
3. Act. 4, 32.
4. Mt. 5, 8.
5. *Mores perducunt ad intelligentiam*. Con estas palabras y las que siguen expresa San Agustín la íntima unión que hay entre la teoría y la práctica, entre la meditación y contemplación y la conducta de vida. Es evidente que la pureza de costumbres influye mucho en el conocimiento y contemplación de los misterios divinos.
6. Ps. 93, 8, 9.
7. Is. 46, 8.
8. Todo el párrafo es una ampliación de esta idea, que nos aconseja entrar dentro de nosotros mismos, para llegarnos también a Dios. Nótese este pensamiento tan real y profundo: los caminos del exterior son caminos de soledad: *solitudinis vias*.
9. Lc. 8, 8.
10. Ef. I, 18.
11. Mt. 22, 13.
12. Gál. 4, 11.

TRATADO XIX

Desde aquellas palabras: No puede el Hijo obrar por sí cosa alguna, sino lo que viere obrar al padre; hasta aquellas: Porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. (5. 19-30).

1. En el sermón de ayer, con ocasión de aquellas palabras: *No puede el Hijo obrar por sí cosa alguna, sino lo que viere obrar al Padre*, tratamos, cuanto nos permitió nuestra cortedad y nos sugirió el afecto, qué cosa sea el ver del Hijo, es decir, al ver del Verbo, porque el Hijo es el Verbo: y, pues por el Verbo se hicieron todas las cosas, cómo puede entenderse que vea primero el Hijo obrar al Padre, y luego haga él lo que viere hecho: siendo así que nada hace el Padre sin el Hijo. Pues *todas las cosas se hicieren por él y sin él ninguna*. Y es así que nada dejamos bien declarado y explicado, pero ¿por qué? Porque nuestro entendimiento no alcanzó más. Porque si hay veces en que falta la palabra aun en lo que alcanza el entendimiento, ¿cuánto más se quedará corta, cuando falta la inteligencia?

Ahora, pues, cuánto el Señor nos diere, recorraremos brevemente lo leído, cumplamos también hoy nuestra tarea. Y si acaso nos queda algo de tiempo y fuerzas, volveremos a tratar (cuando a mí sea posible y a vosotros tolerable) qué cosa sea el ver del Verbo y qué el mostrarle cosas el Padre al Verbo.

Porque lo que aquí hemos dicho, si se entiende carnalmente y según el sentido humano, no es otra cosa lo que nos fabrica el alma, llena de fantasmas, sino unas imágenes o figuras como de dos hombres, Padre e Hijo, mostrando cosas Aquél a Este, y viendo Este lo que Aquél le muestra; hablando el uno y oyendo el otro: todo lo cual son ídolos de nuestra aprensión: que, si han sido ya destronados de sus tiempos, ¿cuánto más deben serlo de los pechos cristianos.

2. *No puede*, dice, *el Hijo hacer nada, sino lo que viere hacer al Padre*. Ciento es esto y verdadero, manteneos firmes en ello: con tal que no perdáis de vista lo que abrazásteis ya en el principio mismo del Evangelio, que *en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con*

Dios y el Verbo era Dios: y, sobre todo, que todas las cosas fueron hechas por él. Lo que ahora acabáis de oír juntadlo con aquello, y que ambas cosas estén concordes en vuestros corazones.

Porque de tal modo *no puede el Hijo hacer cosa alguna por sí*, si no ve al Padre hacerla, que, no obstante, nada hace el Padre sino por medio del Hijo, porque su Hijo es su Verbo: *Y en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios, y todas las cosas fueron hechas por El.* Y cuantas cosas hiciere El, las hace también el Hijo y del mismo modo; no otras, sino éstas; ni de otro modo, sino del mismo modo.

3. *Porque el Padre ama al Hijo, y le manifiesta todas las cosas que hace.* A lo antedicho: *Sino lo que viere hacer al Padre,* parece referirse también aquello de que *le muestra todas las cosas que hace.* Pero si el Padre le manifiesta lo que hace y el hijo no puede hacer sino lo que el Padre le muestre, y el Padre no puede mostrarle sino lo que hace; seguiráse que el Padre no hace todas las cosas por el Hijo: ahora bien, si tenemos por cosa cierta e inconcusa que el Padre hace todas las cosas por el Hijo, antes de hacerlas, se las muestra al Hijo. Porque si se las muestra después de hacerlas, y el Hijo no hace más que lo que le han mostrado, ya hecho; es indudable que el Padre hace algo sin el Hijo: es así que el Padre no hace nada sin el Hijo; porque el Hijo de Dios es el Verbo de Dios, y toda las cosas se hicieron por medio del Verbo: luego habrá que decir que el Padre, antes de hacerlas, muestra al Hijo las cosas que va a hacer, para que lleguen, por fin a realizarse por medio del Hijo. Porque si el Hijo hace lo que el Padre le muestra ya hecho, eso que el Padre le muestra ya hecho, no lo hizo ciertamente por medio del Hijo: puesto que no podrían mostrársele al Hijo las cosas sino hechas ya, y el Hijo no podría hacerlas sino ya mostradas: luego se habían hecho sin el Hijo. Pero como es verdaderísimo que todas las cosas se hicieron por medio del Hijo. Luego antes le fueron mostradas que hechas. Mas eso dijimos que había de diferirse, para volver sobre ello después de recorrer lo hoy leído, si, según dijimos, nos quedaran entonces tiempo y fuerzas para tratar de lo aplazado.

4. *Mas oíd otras cosas aún difíciles: Y mayores obras que éstas, dice, le manifestará, de manera que vosotros quedéis asombrados.* ¿Mayores que éstas? ¿Qué cuáles? Fácil respuesta se ocurre, que las que acabáis de oír que las curaciones de enfermedades corporales: porque de aquel que llevaba treinta y ocho años enfermo, y sanó por

la palabra de Cristo, nació toda la ocasión de esta conversación: y por esto pudo decir el Señor: *Obras mayores que éstas le mostrará, de suerte que vosotros os asombréis*. Pues otras obras hay mayores que esas, las cuales mostrarán el Padre al Hijo. No dice: se las mostró como cosa pasada; sino “se las mostrará”, de futuro, es decir, se las va a mostrar. Otra dificultad grandísima nos sale aquí al paso. Porque, ¿hay, por ventura, en el Padre algo, que no haya sido aún manifestado al Hijo? Cuando así hablaba el Hijo ¿se le ocultaba, acaso algo, en el seno del Padre? Porque al decir: Se las *manifestará* o se las va a manifestar, indica que no se las ha mostrado todavía: y dice que se las va a mostrar al Hijo cuando a éstos; puesto que sigue diciendo: *De suerte que vosotros os asombréis*. Cosa grande, cosa difícil, ver cómo manifestaba, el Padre, al Hijo coeternos cosas hacederas en el tiempo, al que sabe todas las cosas que hay en el Padre.

5. ¿Pero cuáles son estas obras mayores? Pues tal vez nos sea fácil entender eso. *Porque así como el Padre resucita a los muertos, y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere*. Esas obras mayores son, pues, las resurrecciones de los muertos comparadas con las curas de los enfermos. Pero así como el Padre resucita a los muertos, así también el Hijo da vida a los que quiere. ¿A unos quizás el Padre y a otros el Hijo? No, sino que todas las cosas las hace el Padre a los mismos que el Hijo: porque no obra cosas diferentes que el Padre, ni de otro modo que El; sino *las mismas* hace el Hijo y *del mismo modo*. Así es absolutamente necesario entenderlo y creerlo: mas no olvidéis que *el Hijo da vida a todos cuantos quiere*. Confesad, pues, en estas palabras no sólo el poder omnímodo, sino también la voluntad soberana del Hijo. El Hijo vivifica a cuantos quiere, y lo mismo el Padre; y a los mismos el Uno que el Otro: y así una misma es la potestad y la voluntad del Padre y del Hijo.

¿Qué dice después el Señor? *Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio lo ha entregado al Hijo, a fin de que todos honren al Hijo* como honran al Padre: añadió esto, como dando razón de lo anterior. Punto es éste muy difícil, estad atentos. El Hijo da vida a los que quiere, y lo mismo el Padre: El Hijo resucita a los muertos, como el Padre los resucita. Pero el Padre no juzga a nadie. Si en el juicio se han de resucitar los muertos, ¿cómo resucita a los muertos, si a nadie juzga, pues todo el juicio se lo ha dado al Hijo?

En aquel juicio se resucitan los muertos: y resucitan unos para la vida eterna, y otros para la pena: si todo esto lo hace el Hijo y el

Padre no, porque el Padre no juzga a nadie, sino que todo el juicio se lo dio al Hijo: esto parece contradecir a lo antes dicho: *Como el Padre resucita a los muertos y les da vida; también el Hijo da vida a cuantos quiere:* Luego, juntamente resucitan y vivifican. Luego los dos a una juzgan: ¿cómo, pues, es verdad aquello: Ni el Padre juzga a nadie sino que todo el juicio se lo dio al Hijo? Bueno es que sintáis, un tiempo, las dificultades propuestas Dios nos proporcionará el gusto de revelarlas. Así es, Hermanos; si no nos hace mella la dificultad, al proponerla, tampoco su solución deleita.

Siga, pues, el Señor mismo, que tal vez en lo que añade nos abra puertos de claridad. Porque nos ocultó su luz tras el nublado: y es muy difícil volar, como águila caudal, sobre las nubes que cubren la tierra, y ver en las palabras del Señor la luz pura y sincera. Veamos, pues, lo que sigue, dejando para luego esto, que tal vez, con el calor de sus rayos, disipe nuestras tinieblas, y se digne declararse en lo que sigue...

7. *En verdad, en verdad os digo que quien oye mi palabra y cree al que me envió, alcanza la vida eterna y no viene a juicio, sino que ha pasado*, no pasa ahora, sino que ha pasado ya de *muerte a vida*. Y fíjaos en esto: *el que oye mi palabra*; y no añadió: Y me cree a mí; sino, y *cree al que me envió*. Oiga, pues, la palabra del Hijo, para creer al Padre. ¿Por qué al oír tu palabra ha de creer a otro? ¿Por ventura, al oír la palabra de uno, no creemos al que lo profiera, y prestamos fe a quien nos habla? ¿Qué otra cosa, pues, quiere decir: El que oye mi palabra, y cree al que me envió: sino que su palabra está en mí? ¿Y qué es, *oye mi palabra*, sino Me oye a mí? *Pero cree a aquel que me envió*: porque creyéndole a El cree a su palabra; y creyendo a su Verbo, me cree a mí: porque el Verbo del Padre soy Yo. Todo es, pues, en las escrituras paz y concordia, y no hay en ellas, riñas y desavenencias. Tú desecha de tu corazón la discordia y entiende la concordia de las Escrituras. ¡Iba, acaso, a contradecirse la verdad misma?

8. *Quien oye mi palabra y cree al que me envió, alcanza la vida eterna y no incurre en sentencias de condenación, sino que ha pasado ya de muerte a vida*. Ya recordaréis lo que antes dijimos, que *así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a cuantos quiere*. Ya empieza a declararse y a hablar de resurrección de muertos, y míralos ya resucitar. *Porque el que escucha mi palabra, y cree al que me envió, alcanza la vida eterna, y no*

incurre en condenación. Prueba que ha resucitado. *sino que ha pasado*, dice, *la muerte a vida*. El que pasa de muerte a vida, resucita; ¿quién lo duda? Pues no pasaría de muerte a vida, si antes no estuviera muerto, y sin vida: mas luego que pasa, ya está vivo, y no en los dominios de la muerte. Así es que *había muerto y revivió*; se había perdido, y ha sido hallado¹. Se verifica ya, pues, una resurrección, y pasan los hombres de cierta muerte a cierta vida: de la muerte de la infidelidad a la vida de la fe; de la vida de la mentira a la vida de la verdad; de la vida de la iniquidad a la vida de la justicia. Resurrección de muertos es, pues, ésta.

9. Siga el Señor disipando más y más nuestra tiniebla, y luzca más su sol. *En verdad, en verdad os digo que se llega la hora y está muy próxima, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios*, y los que la escucharan vivirán. Nosotros esperábamos, en el fin, la resurrección de los muertos, pues así lo hemos creídos; más no sólo la esperábamos, sino que tenemos estrecha obligación de esperarla, pues es artículo de nuestra fe, que no puede fallar, que han de resucitar los muertos al fin de los tiempos. Queriendo, pues, el Señor Jesús enseñarnos una resurrección de los muertos antes de la universal resurrección; no como la de Lázaro, o del hijo de la viuda, o la de la hija de Jairo, que resucitaron para volver a morir: sino como aquí dice: *alcanza la vida eterna, y no incurre en juicio o sentencia de condenación, sino que ha pasado ya de muerte a vida*. ¿A qué vida? A la eterna. No como el cuerpo de Lázaro, que pasó de la muerte del sepulcro a la vida humana, más no eterna, pues había de morir otra vez, mientras que los que resucitarán al fin del mundo; pasarán a la vida eterna.

Queriendo, pues, nuestro Señor Jesucristo, celestial maestro, Verbo del Padre y Verdad esencial manifestarnos una resurrección de muertos para la vida eterna, antes de la resurrección general de los muertos para la vida eterna, dijo: *Aproxímase la hora*. Sin duda, tú, según tu fe en la resurrección de la carne, estabas esperando aquella hora al fin de los tiempos, el día del juicio: mas a fin de que no creyeses que se trata aquí de esa resurrección añadió: *Y es hora*. Al decir, pues *es llegada la hora*, no habla de aquella hora novísima, en que *el Señor mismo, con voz de mando, con grito de arcángel y con trompeta de Dios bajará del cielo y los muertos en Cristo resucitarán primero: después nosotros los vivos, los que quedemos, seremos, a una con ellos, arrebatados en las nubes, al encuentro del Señor* en los

aires, y así estaremos siempre con el Señor². Vendrá, sí aquella hora, mas no es ahora. Notad cuál es esta hora: *Llega la hora, y es ésta*. ¿Qué sucede en ella sino la resurrección de los muertos? ¿Mas qué clase de resurrección? De suerte que los que así resucitados vivan para siempre. Tal acaecerá en la hora postrimera.

10. ¿Qué hay, pues? ¿Cómo se han de entender estas dos resurrecciones? ¿Por ventura no resucitarán entonces los que resucitan ahora, de tal manera, que unos resuciten ahora y otros entonces? No tal. Pues con esta resurrección, si hemos creído rectamente, ya hemos resucitado; y, no obstante, nosotros mismos, que hemos resucitado ya, esperamos aún, en el fin, otra resurrección. Mas también ahora hemos resucitado a vida inmortal y eterna, cuando seamos igualados a los ángeles.

Discierna, pues, El mismo y declare lo que hemos osado decir: cómo tiene lugar la resurrección antes de la universal resurrección y no de unos ahora y de otros luego, sino de los mismos: ni de la hechura de la de Lázaro, sino a vida eterna. Nos lo declarará sin duda. Oíd cómo, disipa nubes e ilumina el Maestro, cómo penetra nuestro sol en nuestros corazones; no el que desean los ojos carnales, sino el que los ojos del corazón anhelan que luzca y brille. Oigámosle, pues a El mismo: *En verdad en verdad os digo, que se acerca la hora y es ahora en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la escucharen vivirán*. ¿Por qué añadió, y los que la oyeren vivirán? ¿Podían acaso oírla, si no estuvieran vivos? Luego hubiera bastado decir: *Llegada es la hora ya, y es ésta, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios*. Con sólo eso habríamos entendido nosotros que estaban vivos, pues sin estarlo, no pudieran oír. No, dice, no oyen porque viven, sino que oyendo resucitan: *Oirán, y los que oyeron vivirán*. ¿Qué significa aquel *oyeran*, sino escucharen dóciles y obedientes? Pues por lo que hace al oído exterior, no todos los que con él oyeren vivirán: porque hay muchos que oyen y no creen; oyendo y no creyendo, no escuchan; y no escuchando, no viven. Así es que aquí *los que oyeron*, no significa otra cosa que *los que escucharon* (dóciles). Los que escucharen, pues, vivirán: estén ciertos, estén seguros, vivirán.

Se predica a Cristo como Verbo de Dios, como Hijo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, que, por divina dispensación, tomando carne, nacido de una virgen, infante en la carne, muriendo en la carne, resucitando en la carne, prometiendo la resurrección a la